

¿‘Quo vadis’, Petro?

En el viejo relato de la historia del cristianismo, al apóstol Pedro, que huía de Roma ante la persecución desatada por Nerón contra los primeros cristianos, se le apareció Jesús en el camino. “*Quo vadis, domine?* (¿a dónde vas, Señor?)”, preguntó Pedro. “A Roma, la ciudad que tú abandonas, para hacerme crucificar de nuevo”, le respondió Jesús, y lo avergonzó por su cobardía. Al presidente Gustavo Petro hay que hacerle la misma pregunta, porque a veces huye de Roma como Pedro, y a veces parece dirigirse a ella, en plan de mesías.

Su gobierno refleja esas contradicciones, como lo demuestran minhacienda y minminas, quienes cada día escalan más su rifirrafe. La ministra de Minas y Energía, Irene Vélez, y su viceministra, Beliza Ruiz, anuncian una y otra vez que el Gobierno no otorgará más contratos de exploración de hidrocarburos, mientras el titular de las finanzas públicas, José Antonio Ocampo, las desmiente, alegando que “esa decisión no ha sido adoptada” por el Ejecutivo.

Minhacienda parece condenado -ojalá no se aburra- a ser la voz sensata del gabinete, como le ocurrió tras la firma del pacto del Gobierno con los ganaderos para que la Nación compre tres millones de hectáreas y las reparta entre los campesinos sin tierra. Ocampo se vio obligado a aclarar que esa compra no se puede hacer con bonos de deuda pública, como habían planteado el Presidente y la ministra. Eso para no hablar de otras inquietudes sobre el tema: ¿de dónde saldrá la financiación para esos campesinos? ¿Y la asistencia técnica? ¿Y la mano de obra que ya hoy escasea en el campo?

En fin, dudas sobran. Y es que el propio Presidente alienta, con su doble lenguaje, todas esas confusiones que desconciertan y en ocasiones asustan. Por momentos hay un Petro racional que se sienta a hablar de modo civilizado con Álvaro Uribe, que en tono responsable advierte que viene una recesión en 2023, y que ordena promover y votar, en la ONU, la condena a Rusia por la anexión, proclamada por Putin, de territorios parcialmente invadidos por sus tropas, que pertenecen a Ucrania.

Pero a veces asoma el Petro que amenaza a in-



Tiro directo

Mauricio Vargas

dustriales y banqueros, que tuitea que va a intervenir el mercado de capitales -lo que disparó el dólar y, con ello, la inflación- y que culpa a la Unión Europea de la guerra en Ucrania, como lo ha insinuado en varias declaraciones. O peor, el Petro que sugiere que las leyes y decretos son “el enemigo interno”, un argumento típico de quien sueña con saltarse las normas como lo hacen los dictadores.

Petro y algunos de sus aliados han comenzado a hacer otras delicadas insinuaciones. “Estamos perdiendo

tiempo, tiempo que yo no tengo -aseguró el miércoles, ante cientos de indígenas en el Cauca-, si algo le falta a este gobierno es tiempo (...). Lo que no tenemos es tiempo...”. Otras voces cercanas al mandatario comienzan a plantear en privado que hay que ampliar el periodo presidencial, o reabrir la discusión sobre la reelección, porque cuatro años es poco tiempo.

Algo muy distinto decía el candidato Petro cuando buscaba con desespero tranquilizar a los votantes centristas para ganar las elecciones. “Tengan la seguridad de que yo no buscaré la reelección”, dijo, solemne, en una declaración grabada en video, cinco días antes de la votación de segunda vuelta. Y agregó, tajante: “Creo firmemente que cuatro años son suficientes para lograr grandes cosas y sentar las bases para una transformación en nuestro país”.

Al fin, ¿bastan o no cuatro años? ¿A cuál Petro hay que creerle? Como en el legendario episodio de la historia cristiana, es válida la pregunta: “¿Quo vadis, Petro?”, ¿para dónde va, Presidente? El problema es que -a pesar de la similitud en el nombre- ni Petro es el apóstol Pedro, ni mucho menos es Jesús, aunque a veces el Presidente se imagine como salvador.



¿A cuál Petro creerle, al que dice que cuatro años le bastan o al que insinúa que no?